

# Metro londinense

Luisa Carrégalo Ríos



## Capítulo 1

El ruido era insoportable. Conseguía atravesar mi tímpano buscando alguna zona interna de mi cuerpo que ni siquiera yo sabía que existía. Repiqueteaba dentro de mí el sonido de las ruedas frenando con todo su coraje sobre los raíles desgastados. Se retorció por mis entrañas buscando ese dolor inmundo intentando atarlo a algún lugar de mi interior, asegurándose de que persistiese allí para siempre y me acompañase adonde quiera que fuese, por mucho que yo intentase despojarme de él. Era un plan inteligente, malévolo y me atrevería a jurar que no era fruto de este mundo. Lo único que desconocía aquel doloroso ruido es que no encontraría nunca ningún resquicio al que atar mi dolor, yo ya estaba vacío por dentro.

Mi carcasa externa, hecha de huesos, músculos y piel no siempre había viajado sola. Todo aquello que ocupó el dolor en primer lugar solía ser el hogar de mis sentimientos, pensamientos y aprendizajes. Solía ser el lugar donde guardaba el recuerdo de su perfume, hasta que volvíamos a encontrarnos y no tenía que recordarlo; podía sentirlo al abrazarla. Solía ser el lugar donde guardaba mis metas, como ese boceto de una casa de campo dibujado en el dorso de una servilleta en una cafetería del tres al cuarto. Solía ser el lugar donde mis pasiones bailaban al ritmo que ella marcaba y al son de mis más reconfortantes recuerdos. Solía ser un lugar feliz.

- ¿Perdona? Esta no es la línea que llega a Leicester Square.

- ¿Ah, no? - Un gesto de duda atravesó su rostro al bajar la cabeza a su mapa, donde tenía el nombre de la calle rodeado - Menudo desastre, ¡y yo que pensaba que por fin sabía orientarme!

Solo las paredes del metro londinense fueron testigos ese día de las sonrisas que intercambiamos, de las tímidas miradas por su parte y las desconcertadas por la mía. Con el paso de los días ese recuerdo se esfumó de mi memoria; qué irónico que lo recuerde con tantísima lucidez ahora. Casi parece que vuelvo a vivirlo todo, arrastrado por un torbellino que, después de arrasar con todo, estaba dispuesto a hacerlo también con mis recuerdos, incluso con aquellos que ni yo sabía que seguía conservando.

Miles de encontronazos más tarde, una vez más, solo las paredes del metro londinense serían testigos de las últimas palabras que intercambiamos, del último silencio cargado con nuestros pensamientos y del último intercambio de miradas cómplices. Toda esa tranquilidad solo se vería destruida por aquel insoportable ruido, por mi grito sofocado y por su tropiezo a un vacío que quedaría maldito para el resto de mis días. Me gustaría pensar que ahora me arrepiento de haberme acercado a

aquella turista perdida que iba a alejarse de su destino. Todo este dolor podría borrarse de un plumazo si solo hubiese mirado a la pantalla de mi móvil aquel día y no al mapa de una desconocida. Pero son unos pensamientos totalmente egoístas. Estoy vacío, sí. El insoportable ruido me acompañará para siempre, también. Pero conocerla es el tipo de cosas que solo suceden una vez en la vida. Supongo que avivar una llama tan fuerte como la que conformaba nuestra relación estaba condenado al fracaso. Asumo, por último, que si hoy me siento vacío es porque ya he conocido lo que es sentirse completamente lleno. Y todo por un maldito mapa en una sucia estación de metro.